

LA NUEVA VISION DEL UNIVERSO DE TEILHARD DE CHARDIN

“Por naturaleza —decía Aristóteles al comienzo de su metafísica— el hombre desea saber”. Pero desea saber ordenadamente. Por eso, cada uno de nosotros organiza sus conocimientos en un círculo más o menos amplio, consiguiendo así la “*descriptio universi et causarum ejus*” de que hablaban los antiguos o la “*Weltanschauung*” de los modernos. Desde el selvícola, para quien el universo es la cuenca de su río, pasando por el hombre medio que ya tiene su esquema de la tierra y de las cosas, hasta el filósofo que aspira a la visión última, qué variedad. Pero también qué exigencia tan humana. Hoy más que nunca quizá se hace sentir la necesidad de esa visión de conjunto, precisamente por la excesiva especialización de nuestras ciencias. Y por eso se hace cada vez más difícil.

Guillermo Dilthey, que hizo de la historia el objeto y la preocupación de su vida, y que estuvo en continuo y estrecho contacto con tantos pensadores, señala tres tipos de “*Weltanschauung*”. El primero es el naturalismo, cuyos caracteres son: sensismo epistemológico, materialismo, voluntad de goce y reconciliación con el curso omnipotente del mundo mediante la sumisión a él en la observación metódica de sus fenómenos. El segundo tipo es el llamado idealismo de la libertad, que destaca del mundo físico como realidad independiente y autónoma lo espiritual, oponiendo la idea a la naturaleza inerte y opaca, la actividad autónoma y libre frente al determinismo físico. El tercer tipo es el idealismo objetivo, caracterizado por una actitud estática y contemplativa del mundo, por la simpatía hacia él a través de una concepción unitaria, armónica, poética, intentando descubrir un sentido profundo, que explica la apariencia múltiple y contradictoria de las cosas. “El idealismo objetivo —dice Dilthey— pretende poner como base de explicación del universo el nexo del espíritu; por ello es idealismo objetivo toda filosofía que señala en la realidad externa un

nexo espiritual y trata de hacer por medio de éste inteligible el sentido de aquella realidad" (1).

Sin duda alguna la visión del universo de Pedro Teilhard de Chardin pertenece a este tercer tipo. En los largos años de profundos estudios sobre la vida y la materia, esforzándose en penetrar en el pasado de la humanidad y del universo, consiguió la visión grandiosa de una realidad en constante progreso, desde la oscuridad de la materia inerte hasta la transparencia de la conciencia y la cumbre de Dios. Teilhard de Chardin quisiera tener —como él mismo dice— el estilo de Platón para traducir en palabras la visión de un ideal.

¿Será tan sólo un ideal? ¿Estamos ante la obra de un científico o, por el contrario, se trata de un poeta que ha utilizado la ciencia para expresar su concepción del mundo? No interesa distinguir demasiado. Lo importante es ver, contemplar el mundo. Porque "la perfección de un animal —escribe Teilhard—, la supremacía del ser pensante, se mide por la penetración y el poder sintético de su mirada. Ser más perfectamente es unir más elementos. Pero la unidad no crece a no ser apoyada en un aumento de conciencia, de visión. Por eso la historia del mundo vivo se resume en la producción de ojos cada vez más perfectos en el seno de un cosmos en que siempre es posible penetrar más. Ver o perecer: tal es la condición humana" (2).

Esencialmente —dice Teilhard— la vida consiste en ver. En distintos lugares de nuestro universo material se van formando órganos de complejidad superior, hasta que, por fin, aparece el hombre. Movimiento desde dentro, la vida es un continuo ponerse en contacto con las cosas en derredor, para apropiarse de sus riquezas. La visión perfecta se logra a través de la inteligencia. Todo otro contacto y posesión de las cosas del mundo se ordena a esta posesión intelectual.

En efecto, la tarea más fundamental del hombre es la de interpretar el universo, hacerlo alabanza consciente de Dios. Después vendrá la tarea de construirlo, como pedía Carlos Marx, aunque en otro sentido muy distinto. El hombre no puede permanecer indiferente ante las cosas. Una vez que se ha dado cuenta de la ley de evolución y progreso que las rige, él mismo debe penetrar en su curso y ayudar a conseguir el estadio final.

Es nuestro privilegio como seres inteligentes. Sabemos que el fin de la creación —la manifestación de la gloria de Dios— únicamente se puede cumplir de modo perfecto en la cumbre humana y angélica a través de la inteligencia. Un servicio mutuo se establece así entre las cosas del mundo y el hombre.

(1) Cf. LUIS MARTINEZ GOMEZ, S. J., *Los tipos de Weltanschauung en Dilthey*. Pensamiento 8 (1952), pp. 5-30.

(2) T. DE CHARDIN, *Le Phénomène Humain* (Paris, 1955), p. 25.

Aquellas le ayudan a cumplir su fin, llevándole por el camino de sus perfecciones hasta Dios, y él hace consciente el testimonio de gloria divina que silenciosamente se eleva desde las cosas. Pero no basta esta tarea de interpretación. Se contempla y se penetra cada vez más en el mundo para ayudar a cumplir las leyes de la evolución, para acelerar el proceso.

“Centro de perspectiva, el hombre es además centro de construcción. Si ver es existir más perfectamente, miremos al hombre y viviremos con más intensidad” (3). No se trata de una ilusión. Quiéralo o no, el hombre se encuentra a sí mismo en todo lo que ve. Existe una ininterrumpida continuación con las cosas. Misteriosos hilos, nervios vitales, recorren el universo entero unificándolo. Lo importante es penetrar bastante hasta descubrirlos, hasta lograr la visión unitaria y coherente.

Pero ¡cuánto tiempo ha sido necesario para conseguir esta nueva perspectiva! Primero se estudió el mundo de las cosas; después, se estudió a Dios. Finalmente el centro de preocupación pasó al hombre mismo. Hoy es preciso mirar las cosas desde el hombre, pero dándose cuenta de la perfecta continuidad, de las profundas raíces que penetran hasta los más ocultos rincones de la materia, arrancándole sus tesoros para elevarlos a la altura humana. El árbol de la vida no son sólo las flores o las ramas. Está formado por un tronco y unas raíces en contacto estrechísimo, esencial, con las demás partes del universo.

Naturalmente, el niño que empieza a ver no separa las imágenes de su retina. Es preciso ejercicio, acostumbrarse a mirar, conseguir el sentido de la inmensidad espacial, de la profundidad, del número, de la proporción. Que desaparezca la ilusión de lo pequeño, de lo múltiple y de lo inmóvil, y el hombre ocupará el puesto central que le corresponde en la unidad del universo (4).

Acostumbrados como estamos a juzgar y ver las cosas con nuestras categorías de espacio y tiempo, minimizadas hasta acomodarlas a nuestras pequeñas necesidades, no podemos comprender la amplitud y la grandiosidad de los fenómenos naturales. Mientras nosotros medimos por años y por metros, la naturaleza necesita siglos y años de luz. Es preciso acomodarse a las nuevas dimensiones.

Por eso, Teilhard de Chardin intenta una educación de la vista. “No discutamos, dice. Abramos los ojos desde esta altura de dos mil años de experiencia cristiana” (5).

Mirar, ver. Ni siquiera se trata de explicar los datos que se encuentran. Lo que importa es establecer una cadena de sucesión experimental, no de re-

(3) *Ibid.*, p. 27.

(4) Cf. *Le Phén. Hum.*, pp. 26-28.

(5) T. DE CHARDIN, *Le Milieu divin* (Paris, 1957), p. 26.

lación ontológica. “Yo no soy un filósofo ni un teólogo —nos advierte—, sino un estudiante del fenómeno, un físico en el antiguo sentido de los griegos”. Será preciso tener siempre esto en cuenta al leer a Teilhard. Se evitarán muchas falsas interpretaciones y se comprenderá mejor las deficiencias y pretericiones. Hay cuestiones que un científico no puede ni siquiera plantear. Ni tampoco la filosofía. ¿Cómo podrían hablarnos de la gracia, del pecado original, de la persona de Cristo? Y, sin embargo, en una visión que pretende ser total no pueden estar ausentes estos problemas.

PRINCIPIOS EPISTEMOLOGICOS

Cuando se trata de conseguir una visión del universo en su pasado, presente y porvenir, debemos preguntarnos: ¿qué criterio podremos utilizar para saber si esa visión es acertada y exacta? Porque la tarea que se pretende realizar es gigantesca y, de alguna manera, nueva. Se va a estudiar no sólo el mundo actual, con todo lo que le constituye; se va a intentar hundir la mirada en el pasado con la finalidad de poder predecir y anticipar el porvenir. El objeto de la ciencia va a ser la realidad total en el tiempo y en el espacio.

Pues bien, el criterio de verdad para Teilhard de Chardin es la homogeneidad y la coherencia de esa visión. “En ciencia la gran prueba de la verdad es la coherencia y la fecundidad. Para nuestra inteligencia una teoría es tanto más cierta cuanto más orden pone en nuestra visión del mundo” (6). La tarea científica consiste en adelantar hipótesis de trabajo para dotar de coherencia al mundo. Su valor está en relación a la mejor explicación que nos den de la realidad.

He ahí el camino para penetrar la estructura fundamental del universo, del cual nosotros mismos formamos parte. Hay que descubrir la unidad y la armonía que por doquier están ocultas; dar una explicación racional y transparente de lo que nos rodea. Esa es la intuición inicial y simple de que hablaba Bergson, y que constituye el punto de partida de todo el sistema —si es que se puede hablar de sistema— de Teilhard de Chardin.

Una explicación racional y coherente del mundo; una descripción de los fenómenos que ante nosotros aparecen, en toda su dimensión. No se trata, pues, de hacer filosofía o metafísica. Y, sin embargo, ¿cómo puede lograrse una visión total del mundo, que no sea una visión metafísica? Sobre todo, cuando se debe profundizar hasta captar la unidad que se oculta en el universo.

Pura fenomenología. Y, naturalmente, cuando se trata de ver, la perspecti-

(6) T. DE CHARDIN, *La vision du passé* (Paris, 1957), p. 318.

va que se escoge es algo decisivo. Pero no importa. "Las etapas del mundo hay que entenderlas, no tal como de hecho se desarrollaron, sino tal como debemos representárnoslas para que el mundo en este momento sea verdadero para nosotros" (7). Para nosotros, situados en esta cumbre de la evolución en que nos ha tocado vivir. Volvemos, pues, a las filosofías constructivas, un poco de espaldas a la realidad.

Una condición necesaria de nuestra actividad intelectual es la confusión que se da entre sujeto y objeto. ¿Quién nos dice que lo que conocemos es la realidad objetiva y no un reflejo de nuestras ideas? Pero además nosotros mismos entramos a formar parte, en cuerpo y alma, de ese mundo que se intenta estudiar. Es preciso, pues, aceptar ese subjetivismo. Pero, si el hombre es verdaderamente centro de todas las cosas, cumbre de su evolución, entonces la visión humana del mundo, por subjetiva que se nos aparezca, será también verdadera.

LA EVOLUCION

No es posible en las empresas científicas empezar partiendo de cero. Por muy radicales que sean las intenciones, aunque se quiera levantar el edificio desde los mismos cimientos, siempre se edifica sobre algo. No pasan inútilmente las generaciones. Hay una herencia intelectual que se va transmitiendo como una antorcha, y, aceptada o no, será preciso trabajar bajo su luz. No es difícil descubrir y comprobar esta ley a través de la historia. En todas las filosofías hay unos presupuestos que se reciben y que no se critican. Son las piedras que se arrojan en los cimientos, sobre los que se levantan después las magníficas construcciones.

Para Teilhard de Chardin ese punto de partida es la evolución. Se le impone con tal evidencia, que la acepta sin discusión ni crítica. "Muchos creen —dice él— que la batalla transformista continúa como en los tiempos de Darwin. Y, porque la Biología sigue discutiendo los mecanismos por los cuales se han podido formar las especies, se imaginan que duda o podría dudar sin suicidio acerca del hecho y la realidad de tal desarrollo" (8).

Que existe una ley de evolución y progreso en el mundo es un hecho difícilmente negable. Si parece que todo en el mundo se ha parado, como en una fotografía, es porque el ritmo es lento y no se puede observar. A distancia de siglos la evolución es algo evidente, un proceso grandioso que lleva a la per-

(7) *Le Phén. Hum.*, p. 29.

(8) *Ibid.*, p. 149.

fección (9). Se descubre en los elementos últimos de la materia, integrándose en átomos, en moléculas cada vez más perfectas, en organismos vivos. Aparece sobre todo en el hombre, conscientemente entregado al progreso en su vida privada y en sus instituciones sociales. Por doquier surge esa aspiración a mayor perfección, a mayor "complejidad", como dice Teilhard. He ahí un nuevo término que debe ser tenido en cuenta en adelante: "complejidad ascendente". "El mundo está espacialmente edificado no simplemente sobre dos, sino sobre tres infinitos. Lo ínfimo y lo inmenso, ciertamente. Pero también, arraigado como lo inmenso en lo ínfimo, aunque divergente en el sentido de la propia marcha, lo inmensamente complicado" (10).

Más tarde habrá que buscar otra explicación del progreso, porque no basta esa ley de la complejidad; se echará mano de la ley de cerebralización, que explicará la aparición del hombre sobre la tierra y su evolución hacia el punto Omega o cumbre del universo. Pero el buscar esas leyes es tarea posterior. Lo que es preciso aceptar ante todo es el hecho de la evolución. Pero evolución no significa necesariamente materialismo, panteísmo o negación de la intervención de una causa creadora. Esto debe quedar bien claro desde el principio.

La ciencia se mueve en el campo de los fenómenos, de las causas segundas. Más allá de ese campo de experiencia se encuentran hechos que la filosofía o la fe deben explicar. Lo importante es que no haya contradicción entre los datos de la fe y los de la ciencia. Y, digámoslo honradamente, esta contradicción no aparece, al menos de una manera clara, en ninguna parte de las obras teilhardianas. Por el contrario, explícitamente se encuentran testimonios que indican la necesidad de un ulterior complemento de los datos científicos (11).

Admitir el hecho. Existen muchas implicaciones filosóficas, sobre todo si se aplica la evolución a todo el universo incluyendo al hombre, con su alma espiritual y su obrar libre. Para conseguir una explicación satisfactoria, sería preciso conocer las esencias de las cosas. Pero la fenomenología no se preocupa de eso, y la evolución "se presenta hoy como una fenomenología auténtica em-

(9) Cf. T. DE CHARDIN, *L'avenir de l'homme* (Paris, 1959), p. 26: "Cette fixité de la Nature présente, qu'on le remarque bien, n'enlève rien (comme certains le croient) à la certitude de sa mobilité passée. Ce que nous appelons fixité des organismes actuels n'est peut-être bien qu'un mouvement très lent, ou une phase de repos entre deux mouvements".

(10) T. DE CHARDIN, *Le groupe zoologique humain* (Paris, 1956), p. 36.

(11) Cf. *Le Phén. Hum.*, p. 186, nota: "Ai-je besoin de répéter, une fois de plus, que je me limite ici au Phénomène, c'est-à-dire aux relations expérimentales entre Conscience et Complexité, sans rien préjuger de l'action de Causes plus profondes, menant tout le jeu... Qu'il y ait, pour notre esprit, des plans différents et successifs de connaissance, n'est-ce pas là un principe universellement accepté par la pensée chrétienne dans son interprétation théologique de la Réalité?"

peñada en el estudio de un proceso (cadena de antecedentes y consiguientes), sin penetrar en el dominio de las naturalezas o las causas" (12).

Una acusación fácil y frecuente en contra de la evolución es la de oponerle que explica lo más por lo menos. Pero, cuando la evolución se acepta como un proceso —“un proceso no es una explicación filosófica” (13)—, como un hecho que necesita explicaciones de otra índole superior, filosófica o teológica, la acusación carece de fundamento. Además, la mayor perfección que va apareciendo en el mundo es más aparente que real: es una explicitación de lo que ya estaba ahí, oculto como una semilla.

Algo más problemático que la evolución para Teilhard de Chardin es la orientación y el eje de esa evolución hacia el hombre. Aquí —reconoce él mismo— es donde ya no se encuentra unanimidad entre los hombres de ciencia. Pero es lo que impide hacer una reconstrucción de la tierra, conseguir una visión unitaria y armónica. Y esto es precisamente lo que se propone hacer él.

La evolución es, pues, universal. Nada escapa a ese proceso, que es el camino de las cosas hacia su perfección. Perfección y fin se identifican. Desde el momento en que las cosas se detuvieran en su camino, se fosilizarían; morirían. Pero, por el contrario, el mundo está lleno de vida, está constantemente alcanzando la cumbre de la perfección en el hombre. Y el hombre sigue caminando hacia Dios.

LOS COMIENZOS DE LA EVOLUCION

Ante todo, recojamos la perspectiva claramente conseguida por la Física moderna de distintas esferas de experiencia dentro de la unidad de la naturaleza. En cada esfera aparecen factores o características que se hacen imperceptibles en las esferas vecinas (14).

Esto y un procedimiento análogo a lo que sucede con otros fenómenos, nos autoriza a extender la vida a todo el universo. En un estado distinto, prehistórico, podríamos decir. Pero es preciso que la vida esté hasta en los últimos recodos de la materia mirando hacia el origen. De lo contrario, no tendrían explicación otros fenómenos claramente experimentables después. ¿Por qué se ha de reducir el fenómeno de conciencia a las formas superiores de vida, como

(12) *La vision du passé*, p. 347.

(13) *Ibid.*, p. 348.

(14) Cf. *Le Phén. Hum.*, p. 50: “S’il est une perspective clairement dégagée par les derniers progrès de la Physique, c’est bien qu’il y a pour notre expérience, dans l’unité de la Nature, des sphères (ou paliers) d’ordres différents, caractérisés ou négligeables dans la sphère ou sur le palier voisin”.

si fuera una excepción? Cuando apareció la radioactividad, no se consideró excepción: se integró en la nueva visión del universo. Se impone ahora la misma tarea con la conciencia, aplicándole el mismo método, que consiste en descubrir lo universal bajo las apariencias de lo excepcional (15).

Conciencia significa para Teilhard toda clase de psiquismo (16). La vida, por consiguiente, no es privilegio exclusivo de los seres superiores. En otra forma, oculta y misteriosa, se extiende a todas las cosas. Se abre así una nueva perspectiva para contemplar el mundo; se toca el hilo universal que lo unifica y recorre todo.

Es verdad que esto va en contra de nuestra habitual representación del universo. Pero es que hay que tener en cuenta una nueva dimensión de las cosas: su interioridad. La ciencia se ha contentado con el aspecto exterior; retengamos sus afirmaciones e hipótesis. Pero más allá están las exigencias de una explicación racional del cosmos. Interioridad, conciencia, espontaneidad, prehistoria de la vida en los orígenes mismos del universo. Allí están en estado latente, como una semilla en espera de germinación. Más tarde aparecerán con todo el esplendor.

De un salto nos hemos puesto así en los comienzos del mundo. Ahora no hay más que seguir los caminos de la evolución de la materia hasta llegar nuevamente a la altura del hombre. Esta evolución únicamente puede ser estudiada en la tierra, que es donde aparecen cuerpos químicamente compuestos. En otros lugares del universo las altas temperaturas no permiten tal composición.

Según la ciencia —esa ciencia que mira las cosas desde fuera— la materia se organiza en síntesis cada vez más elevadas; pero el impulso primero se va perdiendo poco a poco hasta llegar al equilibrio. ¿Es así en realidad? La energía representa hoy para la ciencia la forma más primitiva de la materia universal. Entonces “de alguna manera no debe haber en el mundo más que una energía —dice Teilhard—. Y la primera idea que viene a la mente es la de representarse el alma como un horno de transformación, hacia el que por todas las avenidas de la naturaleza el poder de los cuerpos convergería para interiorizarse y sublimarse en belleza y verdad” (17).

Como se ve, Teilhard de Chardin identifica energía y materia. Pero, ¿es legítima esta identificación? La materia de suyo es inerte, estática. Siempre que se la quiere hacer evolucionar es preciso introducirle algún elemento que la

(15) Cf. *Le Phén. Hum.*, pp. 51-53.

(16) *Ibid.*, p. 53, note 1: “Ici, comme ailleurs dans ce livre, le terme “Conscience” est pris dans son acception la plus générale, pour désigner toute espèce de psychisme, depuis les formes les plus rudimentaires concevables de perception intérieure jusqu’au phénomène humain de connaissance réfléchie”.

(17) *Le Phén. Hum.*, p. 61.

empuje hacia adelante. Pero entonces se le atribuye propiedades que no tiene; se la destruye.

Más aún; Teilhard quiere por encima de todo explicar la evolución y para ello no tiene inconveniente en afirmar que toda energía es esencialmente de orden psíquico. Esta energía fundamental se divide en dos componentes distintos: una energía tangencial, que hace al elemento solidario con todos los elementos del mismo orden en el universo; y una energía radial, que le arrastra en la dirección de un estado cada vez más complejo y centrado hacia adelante (18).

Empieza así el camino ascendente. La radioactividad de los elementos primeros y la tierra juvenil desprenderían una energía que se replegaba y producía una obra de síntesis. “Los últimos progresos de la química biológica —escribe Teilhard— comienzan a establecer la realidad de agregados moleculares que parecen reducir y jalonar el abismo infranqueable entre el protoplasma y la materia mineral” (19).

Así, pues, la continuidad entre la materia inorgánica y la materia orgánica no es sólo una exigencia racional para explicar el universo. Empieza ya a ser campo de experimentación. Se puede ir señalando los pasos que conducen a la aparición radiante de la vida en el mundo. Lo que antes se extendía en raíces invisibles va adquiriendo mayor interioridad, y un día se abre ante nuestra mirada atónita.

¡La vida sobre la tierra! Se trata verdaderamente de algo nuevo y grandioso. ¿Cuándo se dio ese paso? ¿Cómo se produjo? “En último recurso —nos dice Teilhard— la vida profunda, la vida frutal, la vida naciente, nos escapa en absoluto” (20).

Lo cierto es que ese paso se ha dado. Pero no es menos cierto que “en el campo y en los límites de nuestras investigaciones el protoplasma no se forma directamente a partir de sustancias inorgánicas” (21). Sin embargo, esta dificultad tiene fácil solución para Teilhard. Podría suceder que la evolución y paso hacia la vida no se diera más que una vez o periódicamente, y nuestras experiencias se refirieran a los intervalos. Nada tendría de extraño que la aparición de la vida empobreciera de tal modo el quimismo primitivo que el fenómeno no se repitiera ya más. Pero las preferencias van hoy hacia la otra explicación. Hay en las cosas un secreto ritmo, un vaivén continuo que regula toda su actividad: mares que avanzan y se retiran; plataformas continentales

(18) Cf. *Le Phén. Hum.*, p. 62.

(19) *Ibid.*, p. 83.

(20) *Le Milieu divin*, p. 76.

(21) *Le Phén. Hum.*, p. 101.

que se elevan y descienden; montañas que crecen y se nivelan; hielos que avanzan y retroceden... La vida estaría sometida también a esa ley.

LA APARICION DEL HOMBRE

El proceso continúa. La vida, en cuanto supone aumento de interioridad, no puede crecer indefinidamente. Llega a transformarse. Si se va cortando un cono en planos sucesivos, se llega al punto; si se calienta el agua a más de 100 grados, hierve tumultuosamente. Lo mismo sucedió en la vida (22). Apenas ningún cambio en los órganos, pero ¡qué gran revolución en profundidad!

Mediante la combinación de caracteres en la generación se va constituyendo una riqueza cada vez más grandiosa. El proceso ya no es sólo de complejidad, sino de cerebralización. "En una región bien determinada de los mamíferos —escribe Teilhard—, donde se forman los más potentes cerebros que la naturaleza jamás había producido, algo se pone al rojo; aparece un punto incandescente. Va a brotar una llama: el pensamiento" (23).

"El hombre ha entrado en el mundo sin ruido". Nada parece que ha cambiado. Pero, por fin, se ha conseguido la cumbre. "Nosotros, los hombres, representamos la parte del mundo que ha tenido éxito, aquélla en la que refluye, hacia la abertura por fin realizada, toda la savia y todos los cuidados de la evolución conocida. Somos nosotros, sin duda alguna, los que constituimos la parte activa del universo, el brote donde la vida se concentra y trabaja, el capullo en el que se oculta la flor de todas las esperanzas" (24).

¡La flor, el fruto de esa inmensa estación de la historia del mundo! "En el espíritu humano, como en un fruto único e irremplazable, se encuentra resumida toda la vida sublimada, es decir, todo el valor cósmico de la tierra" (25). Si cada átomo es centro y eco de todo el universo y, penetrado en toda su profundidad, nos daría el secreto de la creación, el hombre ocupa una posición de privilegio. Es la clave del mundo y fuente constante de sentido para él.

Ahora ya no es sólo la interioridad la característica de la vida, sino la

(22) Cf. T. DE CHARDIN, *L'énergie humaine* (Paris, 1962), p. 34: "Tout d'abord l'Homme (c'est-à-dire la Vie pensante) s'établit sur Terre à travers un point ou surface critique de transformation. Comme le sommet inétendu où se concentrent, à la limite, les sections d'un cône; comme la vapeur en laquelle se mue, sans changement de température, un liquide en ébullition".

(23) *Le Phén. Hum.*, p. 175.

(24) T. DE CHARDIN, *La vie cosmique*, (1916).

(25) *L'énergie humaine*, p. 35.

(26) Ya hemos visto que T. DE CHARDIN admite la acción creadora de Dios. Cf. *La vision du passé*, p. 142.

reflexión, propiedad exclusiva del pensamiento. A pesar de todo, Teilhard de Chardin prosigue su marcha imperturbable. Pero es preciso, aquí más que en ninguna otra parte, aclarar que de ninguna manera se excluye la intervención directa de Dios creador de las almas (26). El científico debe saber que entre la materia y el espíritu hay un abismo todavía mayor que el que separa la materia inorgánica de la vida. Es verdad que la experiencia se refiere a fenómenos y que jamás podrá constatar el hecho de la creación de la vida y del alma. Pero no por eso se puede negar o mantener un silencio acerca de él.

HACIA EL PUNTO OMEGA

La corriente vital continúa más allá del hombre. Pero las aguas ya no son las mismas. Se han cargado de principios nuevos al pasar por el terreno humano de la reflexión, y necesariamente aparecerán ahora actividades superiores. "El centro psíquico reflejo no puede subsistir si no es por un doble movimiento: centrarse cada vez más sobre sí mismo por penetración en ese espacio nuevo; y, al mismo tiempo, centrar el resto del mundo alrededor de él, estableciendo una perspectiva cada vez más coherente y mejor organizada en las realidades que le rodean" (27).

Así se va perfeccionando el hombre, y en él alcanzan su perfección también las cosas. Pero no sólo debemos profundizar en nosotros. Es una ley de vida que mediante ese trabajo asimilador alcancemos también las conciencias de los demás, abriéndose así el camino hacia una síntesis superior.

El hombre se cree siempre en una cumbre, en una encrucijada de la historia. "Desde Galileo parecía que el hombre había perdido su posición privilegiada en el universo. Bajo la influencia creciente de fuerzas combinadas de invención y de socialización, vuelve a ponerse a la cabeza: no ya en la estabilidad, sino en el movimiento; no ya en calidad de centro, sino bajo la forma de flecha del mundo en crecimiento. Neoantropomorfismo, no de posición, sino de dirección en la evolución" (28). Pero ese centro o esa cumbre, alcanzados en siglos de esfuerzos, están en trance de ser superados.

¿Será verdad, como le decía un día a Teilhard Henri Breuil que "acabamos de abandonar las últimas amarras que nos ataban todavía al neolítico"? Naturalmente, el tránsito no es cosa de un día ni de varios años. Se requieren siglos. Pero algo está cambiando muy profundamente en la humanidad. Las relaciones sociales y las organizaciones se van multiplicando a nuestro alrededor

(27) *Le Phén. Hum.*, p. 190.

(28) *La vision du passé*, p. 349.

en progresión geométrica. Ya no es sólo el pan o los frutos de la tierra; cada uno de nosotros exige cada día su ración de hierro, de cobre, de algodón; su ración de descubrimientos, de cine, de noticias internacionales..., la tierra entera (29).

Sin destruir a los demás el hombre ha conseguido así la síntesis perfecta. Sin destruir a los demás... Hasta llegar al hombre "el animal tomado en la cadena de las generaciones parecía no tener derecho a la vida; no era en apariencia de ningún valor para sí mismo. Un punto de apoyo fugitivo para una carrera que pasaba por él ignorándole. La vida era más real que los vivientes" (30). En el hombre las cosas cambian. Lo importante somos nosotros mismos, y nada nos puede convencer de otra cosa. El universo es inmenso en duración y en profundidad, pero algo nos dice que todo está hecho para nosotros y en nosotros converge. Nuestras raíces se extienden hasta los tiempos más remotos en el pasado y hasta la cumbre más alta en el porvenir.

En contra, pues, de una tendencia a lo impersonal, que va brotando entre los hombres a través de los tiempos como una tentación, la realidad tiende a afirmar la persona. Ese sentimiento del hombre moderno de preguntarse por su puesto exacto en el mundo de lo inmensamente grande y de lo inmensamente pequeño no tiene respuesta adecuada en ningún panteísmo, ni en ninguna realidad absorbente. El gigantesco esfuerzo de la evolución no puede quedar frustrado a la altura del hombre. El porvenir nos encamina hacia algo más perfecto todavía, hacia algo superpersonal, hacia el punto Omega. Alfa y Omega, principio y fin de las cosas...

En ese punto final las conciencias, lejos de destruirse, se adicionan, se hacen más personales y distintas de las demás. Teilhard habla de una exaltación por convergencia (31). "Todo lo que asciende converge", repite él con frecuencia. Como si se subiera por las aristas de una pirámide. El esfuerzo unificará a todo en la cumbre.

Así, pues, la evolución ya no transforma ahora a los cuerpos, que consiguieron toda su perfección. Perfecciona y transforma a las conciencias, elevándolas a una forma social por el camino de la profundización en sí mismas y por la asimilación de las cosas que las rodean.

Pero si hasta ahora las líneas seguidas por la evolución eran indecisas, y Teilhard de Chardin tenía que hacer un esfuerzo inmenso para llenar con datos y hallazgos científicos huecos gigantes, en adelante esas líneas se hacen

(29) *Le Phén. Hum.*, p. 273.

(30) *Ibid.*, p. 190.

(31) *Ibid.*, p. 291.

mucho más hipotéticas todavía. Únicamente alcanzan su centro de convergencia por extrapolación.

Porque el punto Omega es Dios a través de Cristo. "El gran acontecimiento de mi vida —escribía el mismo Teilhard— habrá sido la gradual indentificación en el cielo de mi alma de dos centros: uno es el centro cósmico postulado por la evolución de tipo convergente; el otro se encuentra en el Jesús de la fe cristiana". ¿No dice San Pablo que "todo ha sido creado por Cristo y para Cristo, que El es antes que todo y que todo subsiste en El"? (Colos. 1, 16). En la plenitud de los tiempos Dios reunirá en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra (Cf. Efes. 1, 10). No es difícil imaginar a Dios cuando creaba las montañas y los valles, los mares y las estrellas, pensando ya en su Hijo encarnado. Después, las cosas obedecen a este designio primero y convergen hacia su fin.

Desde la altura de reflexión y pensamiento en que nos encontramos ya no podemos aspirar a otra cumbre de perfección que no sea Dios. Si queremos que el punto Omega cumpla su fin de ser centro del universo, ha de ser de naturaleza objetiva, no una simple prolongación y proyección ideal de nuestros conceptos y deseos. Debe además recoger en sí y consumir en su centro supremo lo que hay de más incomunicable en cada elemento reflejo del universo. Y debe, finalmente, salvar esos elementos para siempre, sin peligro de disgregación, de vuelta hacia atrás (32). Dios es el centro que nos salva y que a través de la Encarnación de su Hijo sale ya a nuestro encuentro en la evolución. Está presente, dando sentido a nuestro esfuerzo y trabajo (33).

Se intenta así una verdadera ciencia del porvenir, de ese porvenir del que decía Jaspers que "no sólo es desconocido, sino radicalmente sorprendente". Es verdad que no tenemos experiencia de él, pero según Teilhard el pasado nos ha enseñado sus caminos.

Sobre todo, los caminos del hombre. La vida humana es una tensión continua en aspiración hacia Dios. Cada uno de nosotros puede repetir el conocido verso de Paul Claudel, pues verdaderamente nos encontramos en espera de "Alguien que pueda ser en mí más yo mismo que yo". Alguien que permitirá el desarrollo total de nuestra personalidad, y con ella el desarrollo del mundo.

Dios en todas las cosas, Alfa y Omega, principio y fin. Se ha conseguido así el lugar exacto del hombre y de las cosas en el universo. "Homo viator", pero también "mundus viator", en camino de siglos hacia la consumación.

(32) Cf. T. DE CHARDIN, *L'apparition de l'homme* (Paris, 1956), p. 371.

(33) *Le Phén. Hum.*, p. 327.

VALORACION CRITICA

La visión que Teilhard de Chardin nos da del universo es grandiosa y coherente. Frente a las divisiones que nosotros hacemos frecuentemente, lo mismo en la vida de la inteligencia que en la vida práctica, él propone la unidad, la visión total en una luminosa perspectiva.

Para cuántos cristianos el mundo de las cosas y Dios se presentan como dos ideales totalmente inconciliables. Se les enseña a despreciar el mundo, pero ¿es esto posible? ¿No podrá conseguirse la perfección sin abandonar los grandes ideales de la vida humana? Si no queremos llevar una vida doble, insincera, tenemos que amar a nuestro mundo. "Miremos a nuestro derredor —nos aconseja Teilhard—; las olas vienen de todas partes y desde el fondo del horizonte. Por todas las entradas lo sensible nos inunda con sus riquezas; alimento para el cuerpo y para los ojos, armonía de sonidos y plenitud de corazón..." (34). Nuestra salvación está ligada al cumplimiento del fin último de las cosas.

No tenemos más camino para encontrar a Dios que éste del mundo, ¡Qué inmensa esperanza debe inundarnos! Cristo ha venido ya, pero se ha ocultado en el porvenir. Volverá luminosamente para restablecer el orden final. Cada átomo —nosotros— en su sitio exacto de la jerarquía total.

Visión grandiosa. Pero, ¿es exacta? La geología y antropología critican la interpretación que Teilhard de Chardin da a sus hallazgos; la filosofía pide algo más que puras hipótesis, y la teología exige una mayor precisión cuando se trata temas relacionados tan estrechamente con sus dogmas. La obra de Teilhard es terriblemente arriesgada y, por eso, peligrosa para quien no posea un buen bagaje doctrinal.

Sin embargo, no puede decirse que en conjunto sea falsa. Como tampoco puede decirse que la simple aprehensión o la intuición lo sean. Se trata de la intuición de un poeta, de un contacto apasionado con las cosas.

Pero no basta la intuición. Es preciso justificarla, ya que de suyo no tiene más que un valor subjetivo. Y en esta tarea se enfriará mucho el entusiasmo que se siente al leer las apasionadas páginas de Teilhard de Chardin. Si ese entusiasmo se mantiene hoy, sin duda se debe a que no se ha intentado esa justificación. Teilhard ha tenido el acierto de tocar unos temas que apasionaron siempre a la humanidad. Y los ha tratado con un espíritu de conciliación, de unidad, que necesariamente tenía que impresionar a un mundo intelectual tan dividido como el nuestro, tan materializado. Ha puesto una ilusión renovadora en la humanidad. El hombre se encuentra siempre insatisfecho con sus conquistas,

(34) *Le Milieu divin*, p. 46.

y Teilhard vino a recordarnos que la parte más hermosa del hombre es la que todavía no realizó, pero que espera realizar un día.

Unidad, coherencia, luminosidad, humanismo... A pesar de todo, ¿qué quedará del pensamiento teilhardiano? El 30 de junio de 1962 el Santo Oficio publicaba un *Monitum*, en el que se le acusaba de ambigüedades y de graves errores en materia filosófica y teológica. Además, será siempre una fuente de posibles errores para los que se enfrenten con él sin una buena formación doctrinal. Temas como la creación, la inmutabilidad de Dios, el pecado original, la gratuidad del orden sobrenatural, la distinción de materia y espíritu, la creación del alma, y tantos otros, exigen una precisión mucho mayor de la que tienen en las obras de Teilhard de Chardin. Pero vamos a fijarnos en dos puntos concretos: el método y la evolución.

a) *El método científico*

En toda tarea científica el método es algo esencial. Efectivamente, es el camino para llegar a los resultados, los cuales estarán estrechamente relacionados con él.

Teilhard de Chardin afirma en diversos lugares de sus escritos que el método que usa es puramente descriptivo, fenomenológico. No intenta hacer filosofía sino ciencia. Y, sin embargo, el objeto de su tarea es el universo entero. ¿Será posible una visión así, sin metafísica? La visión sería terriblemente deficiente y superficial.

No cabe duda que la unidad y la coherencia es la característica más sobresaliente de la obra de Teilhard. Responde a una necesidad profunda del hombre, que no puede contentarse con conocimientos parciales y aislados; que aspira a sistematizar alrededor de un núcleo central. Por otra parte, la realidad es una. Las divisiones las hacemos nosotros.

Pero la unidad auténtica únicamente se capta en profundidad, al nivel del ser que estudia la metafísica. Entramos, pues, en el reino de la analogía. Aquí los distintos resultados de las ciencias adquieren una sistematización final, una perspectiva. Cada cosa en su puesto, más o menos importante en la escala del ser. Cada concepto, cada conocimiento, en su puesto también, para representar fielmente la realidad total.

Caben otras unificaciones, puesto que el objeto formal de cada ciencia establece una cierta unidad en la diversidad de sus objetos materiales. Pero son unidades parciales, y nunca es lícito extender las conclusiones de cada uno de esos planos a toda la realidad.

Hoy es verdad, como decía el P. Dubarle, que "las categorías de la historia

han extendido su dominio sobre la totalidad del universo" (35). Por eso, Teilhard ha intentado hacer una historia del mundo, una descripción de su pasado y una anticipación de su porvenir. El movimiento, la sucesión, el tiempo... He ahí la clave escogida para entrar en la esencia de los fenómenos cósmicos. Pero el movimiento y, consiguientemente, el tiempo no son más que un aspecto parcialísimo de la realidad. La coherencia, pues, y la homogeneidad que se ha logrado en la descripción del mundo es más aparente que real. Y es, por otra parte, un peligro constante de error, al presentarse como explicación última. Esta sólo es posible en metafísica, en esa filosofía que Teilhard excluye, y bajo la luz de la analogía.

También es falso o, por lo menos, muy peligroso el punto de vista epistemológico que Teilhard de Chardin ha escogido. En primer lugar, concede un valor exagerado a las hipótesis. "Toda experiencia —dice él—, por objetiva que parezca, va envuelta inevitablemente en un sistema de hipótesis desde el momento en que el sabio intenta expresarla" (36). Pero la hipótesis no es una etapa final en la tarea científica. Es algo provisional: un plan de trabajo que debe posteriormente ser confirmado con los hechos. Por lo tanto el valor de una hipótesis está en su confirmación, no en sí misma (37). En cambio, lo importante para Teilhard es explicar el universo, para lo cual adelanta sus hipótesis, no preocupándose de su confirmación. "Mi fin exclusivo —nos dice— es simplemente intentar *ver*, es decir, desarrollar una perspectiva homogénea y coherente de nuestra experiencia general extendida al hombre" (38).

En segundo lugar, el criterio de verdad no es nuestra necesidad de explicar el mundo, ni la coherencia de esa explicación, sino la realidad objetiva. Nuestras teorías e hipótesis serán verdaderas cuando se ajusten a esa realidad. Defender otra cosa, hablar de una verdad del mundo "para nosotros", independiente de la verdad de las cosas, es caer en un peligroso relativismo.

b) *La evolución universal*

Sin duda alguna el tema central en Teilhard de Chardin es el de la evolución extendida el universo entero. Todo marcha hacia su perfección, conseguida a través del hombre en la cumbre de la realidad o punto Omega. "De la célula al animal que piensa, como del átomo a la célula, un mismo proceso continúa sin interrupción siempre en el mismo sentido" (39).

(35) Cit. por WILDIERS, *L'apparition de l'homme, Avant-Propos*, p. 14.

(36) *Le Phén. Hum.*, p. 22.

(37) Cf. A. MORENO, O. P., *Algunas consideraciones sobre las hipótesis científicas*. Estudios Filosóficos 12 (1963), pp. 277-294.

(38) *Le Phén. Hum.*, p. 29.

(39) *Ibid.*, p. 186.

Como se sabe, la doctrina católica no rechaza una evolución moderada en lo que se refiere a la formación del cuerpo humano, aunque los hechos que hasta ahora se ha presentado no sean definitivos y aunque la acción creadora de Dios sobre el alma quite importancia a ese problema, pues exige unas disposiciones próximas en el cuerpo, que sólo Dios puede producir.

Pero una cosa es admitir la evolución en un campo determinado del mundo como pura hipótesis de trabajo en espera de confirmación y otra muy distinta, extenderla a la realidad entera, dotándola de certeza científica. En todo caso se trataría de un proceso analógico, y habría que distinguir sus diversas etapas, viendo separadamente los argumentos que prueben esa evolución y la certeza que en cada estadio pueda tener.

Pero además la evolución desaparece con las explicaciones que nos da Teilhard para salvar la causalidad creadora divina. Esta causalidad se ejerció al principio, dejando en las cosas como semillas ocultas que, a su tiempo, empiezan a germinar. Nada podría aparecer un día en el mundo, si no existiera antes oscuramente en un estado primordial (40). Si se trata de un simple proceso de crecimiento, del desarrollo de unas virtualidades ocultas, ¿qué queda de la evolución?

Por otra parte, ni siquiera esa explicación convence. Apoyado en ese principio, Teilhard extiende la vida a toda la realidad. No podría aparecer un día la vida sobre el mundo, si de alguna manera no existiera ya desde el principio ocultamente en la materia. Lo mismo se podría decir del espíritu, del pensamiento... Las consecuencias son demasiado graves para no tenerlas en cuenta.

CONCLUSION

El pensamiento de Teilhard de Chardin ha quedado, pues, sin terminar. Se detuvo en la etapa de la intuición, de la hipótesis. Es preciso comprobarlo con argumentos objetivos. El mismo Teilhard se da cuenta de esa provisionalidad cuando escribe: "Entre los que intentarán leer estas páginas hasta el final, muchos cerrarán el libro insatisfechos y pensativos, preguntándose si yo les he conducido a través de los hechos, la metafísica o el sueño" (31). Efectivamente, la pregunta sigue en pie.

Y siguen en pie los mismos problemas: la unidad, la multiplicidad, el ser, el devenir, la inteligibilidad de las cosas, el sentido de la historia... Si el planteamiento es nuevo y sugestivo, la solución no rebasa el nivel de la filosofía

(40) Cf. *Le Phén. Hum.*, pp. 67-70.

(41) *Ibid.*, p. 332.

presocrática. Es preciso acudir a las viejas teorías aristotélicas del acto y la potencia, del hilemorfismo, con la nueva luz que adquirieron en Santo Tomás, para dar soluciones satisfactorias a esos problemas de siempre.

Dentro de esas soluciones caben todas esas buenas intenciones de espiritualidad , de sentido cristiano, de unidad y coherencia, que sin duda alguna tuvo Teilhard de Chardin a lo largo de su vida de infatigable investigador cristiano.

JESUS GARCIA ALVAREZ, O. P.